

# Historias de buenos perdedores

María Delgado

En las primeras páginas de *Saber Perder* reflexiona David Trueba sobre el desfase entre lo que se desea y lo que se puede conseguir, sobre lo que se es y lo que se quiere ser. Esa podría ser la melodía de fondo que se escucha en las más de quinientas páginas de su última novela: una obra sobre el deseo, el amor, la frustración, el fracaso, la perplejidad que en ocasiones nos produce el reconocernos en el espejo de nuestros propios actos, y la capacidad de salir adelante, de saber perder o, simplemente, de seguir caminando por la vida cuando ésta se vuelve y –nos vuelve– del revés.

*Saber perder* narra unos meses en la vida de cuatro personajes que entrelazan sus historias y que encarnan cuatro etapas de la vida –la adolescencia, la primera juventud, los «cuarentaytantos» y la vejez– que simbolizan al mismo tiempo cuatro diferentes relaciones de equilibrio entre la esperanza y el desánimo: la alegría y la inocencia de quien tiene todo por hacer; el asomo de una sombra que nos avisa de que nuestros sueños podrían frustrarse; el ecuador de una vida en la que uno puede ser víctima de sus propios errores hasta verse completamente perdido y desorientado; y una última fase en la que lo más duro es que queda poco ya por hacer.

Sylvia cumple dieciséis años el mismo día en que sufre un atropello que supondrá, aunque ella aún no lo sospeche, el descubrimiento del amor y su ingreso en la vida adulta. Al volante iba Ariel, un futbolista argentino de apenas veinte años que acaba de aterrizar en Madrid como la brillante promesa de un gran equipo y que verá cómo, poco a poco, sus esperanzas de éxito se esfuman a medida que crece su inesperado e inconveniente amor por Sylvia.

---

David Trueba: *Saber perder*. Anagrama, Barcelona, 2008.

La relación entre ambos avanza en precario equilibrio a espaldas de todos: de los compañeros del instituto, de la prensa, y hasta del padre de Sylvia, Lorenzo, que, mientras trata de agarrarse para no caer aún más hondo en el pozo en el que lleva tiempo metido, no puede imaginar que el novio de su hija adolescente es la estrella de su equipo favorito. La caída libre de Lorenzo comienza con la pérdida del trabajo después de ser estafado por su socio; continúa con el abandono de su mujer, la madre de Sylvia, que se niega a acompañarlo en su viaje al fracaso y ha rehecho su vida junto a otro hombre; y se complica con un asesinato que él nunca planeó y que nos mantiene en vilo toda la novela, y con una difícil historia de amor por una chica ecuatoriana. Pero si la situación de Lorenzo produce desasosiego, es la de su anciano padre, Leandro, la que nos resulta más angustiosa, seguramente porque es al final de sus días –mientras su mujer, a la que ha amado toda la vida sin saber demostrárselo lo suficiente, se va apagando en una cama– cuando él trata de huir de todo ello y acaba metido en el oscuro laberinto de adicción a una prostituta con la que cree poder engañar a la vejez.

Pero cualquier resumen que pueda hacerse de la trama de la tercera novela de David Trueba (Madrid, 1969) encierra algo de engaño. Porque una simple enumeración de las frustraciones y fracasos que viven sus protagonistas podría hacernos pensar que nos encontramos ante una obra sombría y pesimista cuando, curiosamente, la clave quizá nos la está dando el mismo Trueba en el título: *Saber perder*. Detrás se esconden pequeñas derrotas cotidianas, historias de perdedores –¿y quién no lo ha sido en algún momento de la vida?–, y de esperanzas que no se cumplen, pero también, hay mucho humor y mucho amor, hay ternura y romanticismo, hay pasión –por el fútbol, por la música, por la vida–, hay ganas de pasar cada página para saber qué les ocurre a los protagonistas, y hay en ellos, sobre todo, el deseo de seguir adelante, de superponerse al desánimo y ver qué nos tiene ahora reservado la vida, lo cual si no es una forma de ganar, sí les convierte en los mejores perdedores posibles.

Un día el abuelo Leandro, profesor de piano, después de escuchar los discos de rock de su hijo, le dijo que quizá debería oírlos más veces para apreciarlos: «ya sabes que el gusto es una forma de

memoria, así que sólo aprecia lo que conoce». Es posible que esa sentencia se cumpla con los lectores que disfrutaron con las otras dos novelas de Trueba (*Abierto toda la noche* y *Cuatro amigos*), pero también es probable que ese grupo de lectores se amplíe con *Saber perder* y que, en este caso, lo que ya conocemos sea la sensación de batalla perdida y el deseo de saber cómo afrontar esa derrota ©